

# A LEZO Y VUELTA



Por mar y por tierra.

Quiere decirse que por ambos sitios se llega al *lugar del suceso*. Se comprende: á Lezo.

Por mar: en vapor, en chalupa, en bote, en *koko ašala*; y en gabarra si se quiere, puede atracar la embarcación hasta las mismas paredes ruinosas que algùn tiempo constituyeron el palacio señorial del marino caballero don Felipe de Arzác.

Por tierra: en tren, en tranvía, en coche, en auto y en *loco* móvil; en *gurdí* también si se quiere, y el que desee ir con más comodidad y descanso á... pié, y si no, la mitad paso á paso, y lo que resta andando. En este último vehículo siempre se halla *asiento vacante*.

El lugar, la villa ó Universidad de Lezo, se asienta felizmente en una falda de Jaizkibel, cordillera que se distingue por su constante entonación *foncé*.

El cerro, *aunque de obscura frente*, abriga al pueblecillo de los accesos *nerviosos* del vecino Cantábrico cuando el invierno desencadena deshechos vendavales, y librale de las exhalaciones atmosféricas que con tanta frecuencia se producen. Una vegetación sana embalsama aquel lugar; y así, cuando el estío pulveriza con sus rocíos el ambiente, dando vida á los manzanos y crecen los trigos y enseñóranse los maíces, entonces también se abren los claveles que en tiestos bien cuidados guarda la *neskatilla* en uno de los viejos ventanales de la vetusta casa solariega.

Nada más hermoso que el lugar de Lezo. Trae á la memoria aquellos tiempos, en que se construían los célebres galeones que se llamaron *Nuestra Señora del Pilar* y el Santiago y que sirvieron de capitanas en la armada del Océano: aquellos astilleros en el sitio deno-

minado Borda la Borda; las cordelerías de las que queda una para recuerdo y en donde, hasta hace poco, se fabricaron jarcias, maromas, calabrotos, cables y demás utensilios de marinería.

Nada más delicioso que el apacible lugar de Lezo. Todavía conserva el aspecto señorial de que estuvo revestido en épocas no remotas. Muchas de sus casas ostentan blasones, cuyas estirpes caducaron, pero sus esculpidos recuerdos relatan á la generación presente que en esos mismos *Jauregis* (palacios) vieron la luz de la vida varones tan insignes como Guillermo de Lanzón, de quien hizo particular elogio el rey Alfonso XI; marinos tan bravos cual Juan Nuñez de Lezo, de la casa *Lezo andia*; el bizarro capitán Villaviciosa que tan notables servicios prestó á España bajo el mando del marqués de Santa Cruz; el doctor don Lópe Martínez de Isasti, quien escribió el curiosísimo compendio historial de Guipúzcoa.

Hoy, bajo esos vetustos escudos y en sus balcones no se vé más que alguna que otra *amona* (abuela) hilando, y de sus habitaciones contiguas se desvanece la argentina voz de la *erraña* (nuera) que junto al pedazo de su corazón mece la cuna al canto del

Nere maitia lo ta lo  
Egingo degu gozoro  
Zuk orain eta nik gero  
Biyok egingo degu lo... o!...o!

. . . . .  
. . . . .

¡Cantar sublime, que retiene todo el ser del euskaldun, como nacido del mismísimo corazón de su pueblo!.

\*  
\* \*

A Lezo se le tributaron hasta fines del siglo XVIII honores militares, pues cuando las armadas pasaban á la vista saludaban con veintidós cañonazos al Cristo del Santuario.

FRANCISCO LÓPEZ ALÉN.

